

**LAUDATIO DE DOÑA TEÓFILA MARTÍNEZ SAIZ, CON MOTIVO DE SU INGRESO
COMO ACADÉMICA DE HONOR EN LA REAL ACADEMIA HISPANO AMERICANA
DE CIENCIAS ARTES Y LETRAS**

JOSÉ PEDRO PÉREZ- LLORCA RODRIGO
(Académico de Número)

JÁNDALA DE CÁDIZ
(APUNTES DEL NATURAL)

Nuestra directora no se llama Violante, ni me manda hacer ningún soneto, aunque mandar, lo que se dice mandar, manda.

Fruto de esa capacidad dirigente es el honrosísimo cuanto grato encargo de ella recibido, consistente en presentar a nuestra recipiendaria de hoy, aquí.

El cumplimiento de este mandato, grato y honrosísimo, repito, me pone en más de un aprieto.

Es el primero de ellos el de vencer una cierta contradicción lógica y jerárquica, derivada de nuestra posición respectiva en la Tacita de plata. ¿Cómo presentar a Teófila Martínez, Alcaldesa de Cádiz, en Cádiz? Échale hilo a la cometa. Nuestra alcaldesa es persona presentabilísima, no necesita presentación ninguna y lo lógico sería más bien que ella, a quien todos conocen, me presentara a mí, que de tanto trajinar en los Madriles ya no me conocen aquí más que los de mi clase de San Felipe cuando me los encuentro en la Alameda. O sea, que esto es el mundo al revés, lo que no hace sino incrementar aún más lo honroso del mandato. La honra, pues, me hace vencer este primer aprieto y entrar en el segundo. No es otro sino la dificultad, la práctica imposibilidad, de resumir en las breves líneas que requiere tanto la naturaleza misma de mi intervención como la impaciencia de todos por escuchar pronto a la protagonista única de este acto, resumir digo, un extenso *curriculum* de esfuerzos y logros como es el que registra el periplo vital de la recipiendaria.

Sería esta tarea hercúlea, pero salvaré este segundo aprieto hablando sobre todo de su empatía, su extraordinaria inteligencia emocional, cualidad que ahora se estima tanto sobre la otra inteligencia, siendo así que la recipiendaria anda sobrada de ambas.

Para hablar de ella utilizaré los materiales del afecto que me inspira, es decir, “*ex abundantia cordis os loquitur*”, y para evitar la tentación de la desmesura que tanto la inquietaría -tercer aprieto-, recurriré a estos que se llaman apuntes del natural, tomados todos del verla de cerca en determinadas ocasiones, porque no cabe enumerar unos méritos que harían la presentación interminable.

Con ello me salgo del terreno de una *laudatio* al uso e intento, con pocas pinceladas, retratar su vera efigie, que es esta:

Tras una densa vida profesional, se acerca a la política y esta la acerca a Cádiz. Aquí trabaja con tesón y se empeña en cumplir la palabra dada. Conoce la ciudad paso a paso y a los vecinos casi uno a uno. Respetuosa con las costumbres populares, sigue apasionadamente tanto el Carnaval como la Semana Santa. Sufre con el Cádiz. Trabaja sin descanso. Ha llenado la ciudad de nuevos espacios culturales, deportivos y cívicos. Dio muchas paletadas para enterrar las vías del tren y, con el permiso de la autoridad y si el tiempo no lo impide, colocará una tras otra las famosas dovelas del segundo puente.

Teófila no es nunca fría ni distante. Lloro con los que lloran, ríe con los que ríen, se entristece con los tristes. Es una inmersión de la Montaña en el Mar, de Santander en Cádiz, del puerto de Castilla al puerto de las Andalucías. Ama tanto a la ciudad y a la forma que el destino —con los gaditanos y la Virgen del Sufragio por medio— ha dispuesto para servirla, que incluso admite de buen grado, “deportivamente”, lo que le han dicho en las tablas del Falla y en las noches lluviosas por las calles de la Viña “las ilegales”, o sea, la libertad de expresión elevada a la enésima potencia.

Vislumbró el Bicentenario de las Cortes cuando pocos lo tenían claro. Se zambulló en él. Sin recursos, trabajando el doble, rodeándose de quienes consideró los mejores. Y empezó a zurcir y a coser un telar que tuvo un colofón esplendoroso: la Cumbre Iberoamericana de 2012. Previamente estuvo haciendo amigos, abriendo las puertas de Cádiz de par en par a todos los que tuvieran algo que aportar o, sencillamente, dando a conocer una vocación multiseccular de Cádiz, para que siguiera siendo puerto de Europa y América y puerta de España.

Solía ella decir desde el principio que si Cádiz fue fenicia, por algún sitio debía quedar un rastro y un resto. Tenía razón. Lo mismo con la “iberoamericanidad” de la ciudad. Los nombres de sus calles y sus plazas, sus monumentos de poetas y militares, de libertadores y diputados, eran, lo fueron siempre, preludios de centenarios, el traje a medida de Cádiz, que tan bien le sienta.

Misión cumplida, pues. Lo oiremos a continuación por las palabras de nuestra nueva compañera, Académica de Honor.

Sí, ni fría ni distante. Lloro con los que lloran y ríe con los risueños... Su felicidad es hacer las cosas bien y que la quiera la gente. La gente la quiere. Lo cual en política, territorio de tan tornadizos afectos, como que nunca pasa. Pero estamos en Cádiz, que es una ciudad peatonal, una ciudad de ir a pie y ver con los propios ojos lo que se hace, y aquello que se hace de lo que se dice que se iba a hacer.

Una mujer cabal y de palabra, una suerte de Lotería que le ha tocado a Cádiz.

La Real Academia Hispano Americana ha cumplido un deseo largamente acariciado. Ser Académica de Honor es el mayor honor que concede en nombre de su Majestad El Rey, que es nuestro Presidente, a una persona de mérito. Mérito más que acreditado y cumplido en el caso de nuestra Alcaldesa.

Foramontana incansable, que sabe bien ser despachada cuando la ocasión lo requiere como chicuca que es, júndala para Cádiz, luego júndala en Cádiz y ya para siempre júndala de Cádiz, porque ya es nuestra. Imparable cual saeta rubia, o rayo que no cesa, esta Academia se honra recibéndola y se viste de gala para ello.

*Salón Regio de la Diputación de Cádiz
Cádiz, 25 de octubre de 2013*